**Todorov, el nuestro…**

*Conferencia plenaria para el Simposium Internacional “La lengua y la literatura: encuentros, desafíos, influencias”; Facultad de Filología española/Departamento de Estudios hispánicos, Universidad de Sofía, San Clemente Ojrid, 27 de octubre de 2016.*

Estimados colegas, muy buenos días.

Mucho me congratula asistir al festejo de los cincuenta y cinco años de fundación del Departamento de Estudios hispánicos y de la Facultad de Filología española de la Universidad de Sofía, no incidentalmente paralelo de los sesenta que en breve habremos de realizar en mi propia Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana; ambos acontecimientos son testimonio del interés volcado hacia una lengua y una literatura que adquieren presencia y reclaman el interés de la crítica después de la década de los cincuentas. He llegado hasta aquí merced a la generosidad de Liliana Tabakova, amiga entrañable que ha estado largamente con nosotros, en mi pequeña ciudad, y que ha sido reconocida por contribuir en la difusión de la cultura y el pensamiento eslavo en el mundo hispánico y, a la inversa, de la literatura española en este ángulo oriental de Europa; hago extensivo mi agradecimiento sincero para cada uno de ustedes.

 Asisto a esta celebración para unirme, además, en un segundo jubileo que a todos resulta placentero por tratarse de un hecho significativo para Bulgaria, para Europa y para nosotros, los hispanoamericanos: el próximo año habrá de cumplirse medio siglo de que las prensas de Seuil, la editorial parisina consagrada por entero a la filosofía y las letras, dieran a luz un libro seminal para la teoría literaria contemporánea; me refiero *a Literatura y significación*, ópera prima de un escritor que siendo originario de este país, se ha convertido en un pensador universal: ¿su nombre? Tzvetan Todorov. La primera obra propia, de entre un extenso catálogo que se ocupa de la teoría y la crítica literaria, la lingüística, la filosofía, la política, la moral y el arte del mundo contemporáneo.

 Todorov es vuestro, pero también nuestro. Porque no solamente es búlgaro (como hacen constar los registros), ni francés (como ha decidido él), ni exclusivamente nuestro, hispanoamericano. Todorov tampoco es exclusivamente europeo; hablando con propiedad, es un humanista y un pensador universal. De eso quisiera hablar aquí ante ustedes, de las múltiples maneras de apropiarnos el pensamiento, la palabra y la obra de un sofiota que es ciudadano del mundo. Porque Tzvetan es “nuestro” en términos locales, pero lo es también en sentido continental, al propio tiempo que en el más genérico. Aparte, otros sentidos en los que Hispanoamérica, y el idioma español tienen también ingerencia, a partir de los cuales podríamos argumentar nuestro propio y muy particular sentido de propiedad. Todorov es nuestro, al mismo título que puede ser de Bulgaria, de Francia, de Europa. Tzvetan Todorov es tan “nuestro” como vuestro.

 Mi intención de acudir a este lugar para exponer un tema que les es tan conocido implica el riesgo de hablar del jabón en la casa del jabonero, si no mediase la naturaleza especial de ese adjetivo posesivo interpuesto: de ese “nosotros” tan personal, tan cercano al “yo” en su advocación de regia y modesta pertenencia como en su carácter asociativo (“yo y los otros”); del “nos” como forma del “yo” mayestático, frente a los “otros”, a esos “alter” palabra que si bien acabó desplazando a “alius” (otro, distinto, diferente), conservó su valor contrastivo. Si bien esto parecería un simple juego de palabras, veremos enseguida que constituye una buena pista para “leer” la presencia de este autor en sus textos. Y si bien la mía es una intervención inscrita formalmente en el género retórico de los elogios; pretende ir más allá de la cauda de adjetivos, para proponer una lectura de su trayectoria intelectual.

 Un recuerdo nítido me une a Todorov: su visita a mi Universidad en aquellos días de gloria de la narratología francesa, invitado por el Dr. Renato Prada Oropeza a las sesiones del Seminario de Semiótica del cual formaba yo parte. El maestro llega a Xalapa el 9 de junio de 1978 y expone una conferencia en muchos sentidos memorable, titulada “Macondo en Paris”, cuya versión escrita vería la luz en el número 11 de *Texto crítico* (septiembre/diciembre de 1978), nuestra revista de crítica literaria. A finales de los setenta, el Seminario gozaba de alta estima a nivel internacional y nos había brindado la oportunidad de escuchar de viva voz a jóvenes investigadores como Teun S. van Dijk, Jacques Leenhardt, Erick Landowsky, Per Aage Brandt, Anna Bundgaard y Jacques Fontanille y, entre los escritores, al mismísimo Alain Robbe Grillet. El Todorov que llegó a nuestras aulas había publicado ya para entonces los libros más recordados de su periodo de inserción en la escuela estructuralista (su traducción y compilación de la *Teoría de la literatura de los formalistas rusos* (1965), *Literatura y significación* (1967), los dos volúmenes de *Poética* (1968), *Gramática del Decamerón* (1969), la *Introducción a la literatura fantástica* (1970) el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (en colaboración con Oswald Ducrot, 1972), *Teorías del símbolo* (1977) ) y estaban por aparecer tanto el pináculo de ese periodo formativo *Simbolismo e interpretación* (1978)) así como las primicias de una nueva etapa, inaugurada con *La conquista de América. El problema del otro* (1978). Todos estos libros habrían asegurado para él un lugar de primacía en los estudios estructurales de la literatura. No obstante, la conferencia dictada en Xalapa anunciaba nuevas orientaciones metodológicas, personales y humanas. Volveré a ella más adelante. Quisiera subrayar desde este primer momento, la importancia de aquel año de 1978 en la vida de Todorov como intelectual, sin dejar de evocar los méritos indudables de su tarea como difusor de las tesis formalistas, sus logros personales en la teoría y la crítica literaria, así como su papel como editor de los libros y las revistas de teoría más relevantes en el campo de la semiótica, entre los años de 1965 y 1979.

1. **El ensayo biográfico, una forma de amor**

Para iniciar este elogio podríamos recordar las palabras con las que él mismo evoca, parafraseando, a su maestro, Roland Barthes: “Uno fracasa siempre al hablar [acerca] de lo que ama” (Barthes, 1980)(Seuil, 1984) (TT, 2005, 77). Porque a pesar de los múltiples reconocimientos que ha recibido una obra proteica, iluminadora, al menos en Bulgaria y en México, nuestros países de origen, hasta donde sé, no se han revalorado las múltiples facetas de un trabajo intelectual desplegado a lo largo de cinco décadas. Elijo tanto el tono de los elogios y el de memorialista intelectual, porque Tzvetan no ha sido una personalidad que pueda mirarse desde el exterior. Al hablar acerca de sí mismo y de los otros, ha creado una intimidad que nos obliga a revisar las múltiples formas en que él es “nuestro”. Quisiera evocar inicialmente dos libros que constituyen las balizas para esta conferencia, a saber, *Nosotros y los otros* (Seuil, 1989; Siglo XXI, 1991, en adelante citaré NyO) y *El hombre desplazado* (Seuil, 1996; Santillana 2008; en adelante, HD), porque encuentro en ellos el hilo de Ariadna que puede guiarnos por una obra que es, al propio tiempo, ensayo crítico y novela autobiográfica.

 Evidentemente, algunos de ustedes lo conocen bastantes años antes que yo. Nacido en Sofía (como Julia Kristeva) el 1 de marzo de 1939, estudia en esta Universidad, donde se gradúa con una tesis en filología eslava, y tras haber leído con entusiasmo en su idioma original los escritos formalistas, parte a Paris en 1963 para realizar los estudios de Doctorado en la Sorbonne. Su interés hacia los estudios de teoría poética, abonados por la lectura de Román Jakobson y Jan Mukarovsky encuentra escaso eco en un mundo académico de suyo conservador. En *El hombre desplazado* recuerda el conflicto de identidad que padece en aquellos primeros años, como intelectual que ha debido migrar de su país, y que se ha visto en la necesidad de construir una nueva identidad. “Mi motivación –indica- era establecer un salón de Bulgaria en Francia” (Entrevista con Bruno García). Esta reiterada imagen con que alude a esos primeros tiempos es un eco de la soledad que padece el transterrado, así como las incontables batallas que cotidianamente han de librarse:

“El hombre desarraigado, arrancado de su marco, de su medio, de su país, sufre al principio, pues es más agradable vivir entre los suyos. Sin embargo, puede sacar provecho de su propia experiencia. Aprende a dejar de confundir lo real con lo ideal, la cultura con la naturaleza. (…) A veces se encierra en el resentimiento, nacido del desprecio o de la hostilidad de sus huéspedes. Pero si logra superarlo, descubre la curiosidad y aprende la tolerancia. Su presencia entre los “autóctonos” ejerce a su vez un efecto desarraigante: al perturbar sus costumbres, al desconcertar por su comportamiento y sus juicios, puede ayudar a algunos de entre ellos a adentrarse en esta misma vía de desapego hacia lo convenido, una vía de interrogación y de asombro.” (HD, 29)

Un hombre escindido entre dos países y dos culturas requiere interrogar su identidad y la de los otros; asumirse no solamente como “yo”, sino buscar un sitio entre los integrantes de una comunidad histórica, política, cultural, ideológica, es decir, integrase en ese “Nos-otros” que para él, se situaba en Paris:

“Había terminado mis estudios universitarios en Bulgaria cuando se me presentó la ocasión de irme por algún tiempo a “Europa”. Bulgaria no se encuentra, desde luego en Asia o en África. Pero ese era el nombre, pronunciado con avidez, que le dábamos a países como Alemania, Italia, Francia o Inglaterra. No lo dudé un segundo: París era, de entre todos los logares del mundo, el sitio donde quería estar. Unos meses después, llegaba a la estación de Lyon. ¿Por qué Paris y porqué Francia? No por el idioma. El francés era en esa época la lengua occidental más enseñada, pero esa no fue una razón determinante en mi caso. Creo que ese amor por Paris está presente en numerosos individuos, oriundos de los países más diversos, gente que nunca salieron de sus patrias. No es fácil definir en qué consiste; ni de que se nutre. ¿De los libros? ¿De las reproducciones de cuadros (impresionistas)? ¿De relatos de viajeros que tuvieron la suerte de poder viajar allí? Supongo que de una mezcla de todo esto y de muchas más cosas, cosas que componen, en una amalgama cuya receta ignoro, una imagen de Paris y de Francia capaz de suscitar una poderosa nostalgia. (…) si hubiese que designarla con un solo término, escogería el de “civilización”, palabra empleada entonces exclusivamente en singular, que debía entrañar un justo equilibrio entre la especulación abstracta y el interés por la vida material, la acuidad del pensamiento y la belleza de la forma. Francia debía de representar para nosotros algo así como una encarnación de ese ideal de vida civilizada.” (HD, 285)

A pesar de la firmeza que deposita en su pertenencia a la cultura francesa, pertenencia que nace de haber publicado innumerables libros; de estar inscrito como miembro de una escuela como la Parisina, que irradió su influencia cultural hasta los más apartados rincones del orbe; que se halla involucrado en la discusión acerca del lugar de Francia en el proyecto de la Unión Europea, y de que sus trabajos han contribuido a ensalzar el lugar de la cultura francesa desde el Iluminismo hasta nuestros días, a pesar de esa convicción tan firme, insisto, hay párrafos en que ha sido preciso narrar lo difícil que fue el proceso de transculturación:

“¿Estaba la realidad a la altura de mis esperanzas? No faltaron las decepciones, por supuesto. Descubrí en mis colegas, investigadores o escritores, una mezcla de suficiencia y de ignorancia que me sorprendió. A veces el espíritu más provinciano venía acompañado por un orgullo nacional en absoluto justificado. No obstante, poquito a poco, fui volviéndome yo también un francés” (HD, 285).

¿Cómo se dio ese proceso de arraigo? ¿Y qué factores lo condujeron de la teoría literaria a las ciencias sociales? Para nadie es desconocido el hecho de que hay una evidente transición entre sus libros; hasta la Wikipedia, poco versada en crítica literaria, lo asegura. Una vasta obra, monolítica en su solidez teórica, está sin embargo signada por una búsqueda personal que le lleva a explorar temas, disciplinas, y a plantear alternativas a través de géneros diversos de escritura. En una vieja entrevista concedida a nuestro maestro de semiótica, el escritor admitía que su investigación estaba dividida en ciclos (aproximadamente septenales) que él sujetaba a los periodos de la administración política francesa. Trazaba, hasta ese momento, tres periodos:

“Al septenio (19)63-(19)70 lo llamaré metodológico puesto que para mí al comienzo lo que tenía más importancia era una cierta exigencia volcada hacia el discurso mismo que yo producía (…) mi interés por la teoría literaria había comenzado por una insatisfacción metodológica al darme cuenta de cómo las categorías y los conceptos que empleaba eran incoherentes; entonces continué en esta misma dirección. El segundo septenio, que se extiende del (19)71 al (19)77 (…) marca mi interés ya no por la forma del discurso sino por lo que yo digo; es decir, “poco importa la manera como uno habla, lo que cuenta es lo que uno dice”. (…) Desde el comienzo del año (se refiere a 1978) me encuentro abocado a una nueva dirección que llamaría más bien histórica (…) Mi objeto histórico –es un poco paradojal- es el presente. Quisiera hacer un trabajo, para decirlo muy burdamente, sobre la estética del presente y la estética contemporánea… Si quiero hacerlo es porque cuando trabajaba sobre el simbolismo tuve el sentimiento de que nuestra ideología contemporánea se formó en la época del romanticismo y que, en efecto, no acabamos de salir de una especie de paradigma o episteme romántico (…) Lo que me interesa ahora es saber si podemos descubrir en nuestra actualidad, en la vida contemporánea, los gérmenes y los ingredientes de una concepción distinta y nueva que salga del romanticismo“. (TC 11, 49-51)

Bajo esa misma lógica, podríamos describir siete periodos; el cuarto, de revisión del romanticismo como paradigma estético de la época contemporánea (1978 a 1984) es precedido por la atención al problema de la otredad. En él se incluyen *La conquista de América. El problema del otro* (1984); *Relatos aztecas de la conquista* (en colaboración con Georges Baudot) (1990); *Crítica de la crítica. Novela de aprendizaje* (1984); y *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana* (1989). Un quinto ciclo revisa la obra de los grandes autores del Iluminismo francés para reflexionar acerca de la historia de las ideas y de la vigencia práctica de su pensamiento en la época contemporánea *(Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau* (1985); *Las morales de la historia* (1991, Premio Rousseau); *La vida en común* (1995); *El jardín imperfecto. Luces y sombras del pensamiento humanista* (1999); *El espíritu de las Luces (de la Ilustración)* (2006); y *Elogio de lo cotidiano* (1997). En el sexto septenio se ocupará de los gobiernos totalitarios del siglo XX (*Memorias del mal, tentaciones del bien. Indagación sobre el siglo XX* (2002); *Deberes y delirios: una vida entre fronteras* (2003); *El nuevo desorden mundial* (2003); *El miedo a los bárbaros* (2008); *Los aventureros del absoluto* (2009); *Los enemigos íntimos de la democracia* (2012) e *Insumisos* (2014). El séptimo, es el período actual.

 Quisiera ir un poco más allá de la Wikipedia, lo cual sería muy sencillo, y de las propias confesiones de Todorov a Catherine Portevin (*Deberes y delicias*), y pensarlas como fases sucesivas en el proceso de adquisición del conocimiento, de un saber que puede ser prospectivo, o que puede volver sobre sus pasos, para afirmar o confirmar tesis que han quedado pendientes. No se trata de una revisión exhaustiva de la totalidad de su obra, tarea que me rebasa no sólo por la cantidad de libros, a las que se añaden incontables artículos que todos hemos citado alguna vez en nuestras respectivas tesis universitarias, sino también por la especial riqueza propositiva de cada uno de los volúmenes. Esa tarea estaría confiada a una cátedra especial, o un seminario monográfico (y su ubicación en nuestras Universidades es obvia), que desde miradas múltiples, se diera a la tarea de ponderar la valía de tantas y tan valiosas sugerencias en los terrenos lingüístico, metodológico, teórico, filosófico, histórico, sociológico, etc. La visión panorámica que propongo a continuación es un bosquejo bastante limitado, apenas una prospectiva.

 ¿Cómo se obtiene una carta de ciudadanía y un lugar en la meca del mundo intelectual? Sólo hay una manera: trabajando a brazo partido, y haciendo valer tu trabajo. El periodo comprendido entre 1963 y 1970 constituye la fase más ardua, la “calificación del héroe”, la demostración de una competencia progresivamente adquirida. Habiendo llegado a Paris con la intención de trabajar en el terreno de la teoría literaria, encuentra más interrogaciones y escepticismo que respuestas. Una anécdota suya cuenta que:

“Fui a ver al decano de la facultad de Letras de la Sorbona y a otras personas en Paris, puesto que yo no conocía al “grupo“ parisino y no había leído textos de teoría literaria de autores franceses. Todos ellos me dijeron que la tal teoría no existía, me preguntaban qué era lo que yo quería hacer. En esa época pensaba estudiar la estilística general y se me respondía que tal cosa no existía, que solamente había la estilística del francés, del alemán, del búlgaro (aún se me concedía generosamente esa posibilidad, del búlgaro) pero se me negaba la posibilidad de una teoría general. Esta situación duró varios meses, mientras tanto legué a penetrar mejor en el medio francés parisino y, por lo tanto, descubrí a algunas personas que pensaban más o menos como yo. Este medio de intelectuales que descubrí en Paris, un poco por azar, estaba sobre todo constituido por dos personalidades y una tercera que se mantenía un poco en segundo plano; esas dos personalidades eran Roland Barthes y Greimas, y un poco en segundo plano Levi Strauss; este último ya era famoso y estudiaba sobre todo la antropología, el análisis de mitos, los sistemas de parentesco, etc., que se correspondían directamente a los estudios estructurales. Barthes y Greimas se encontraban más próximos a mis inquietudes.” (TC 11, 46-47) (Dosse: “Todorov enfrentado a la nada”, 2004, I, 221-222).

El feliz encuentro con los seminarios de Barthes y Greimas (que se enseñaban en el mismo sitio y, en ocasiones, de manera alterna) le condujo por los senderos de la Lingüística (y su más reciente propuesta, la semiología) y la Semántica estructural. Trabajar al lado de Barthes y los miembros del centro de Estudio de la Comunicación de Masas como Gerard Genette, Édgar y Violette Morin, Christian Metz y Claude Brémond, por un lado, y con Lucien Sebag, Oswald Ducrot y Nicolás Ruwet en el de Greimas, habrían de ofrecernos al Todorov que, a la par, estudia problemas ubicados en la enunciación o la estructura diegética, o aquellos que derivan de las estructuras inmanentes.

1. **La cátedra de Barthes**

No cabe la menor duda de que, durante este primer periodo, Todorov está plenamente integrado en el seminario de Roland Barthes. Una nota biográfica acerca del pensador francés evoca el sistema de trabajo en aquellos cursos y nos explica no sólo el carácter monolítico que ante el exterior ofrece el grupo, una verdadera escuela de crítica, sino también el carácter seductor de su profesor y guía. Nos detendremos en primer lugar en un breve circunloquio y luego pasaremos a reseñar sus aportaciones (de Todorov) en esta primera fase de su trabajo.

 Director de estudios de la sección denominada "Sociología de los signos, de los símbolos y de las representaciones" en la Escuela Práctica de Altos Estudios a partir de 1962, entre 1964 y 1966 Barthes dedica el curso regular a examinar la retórica aristotélica; las notas, compiladas en el volumen titulado *La retórica. Ayudamemoria* (1982), nos proporcionan los lineamientos del seminario: el texto se divide en apartados que han sido numerados mediante índices y subíndices con la finalidad de glosar con profundidad cada sección; al final, proporciona a sus alumnos un listado de las obras que habrán de ser examinadas, así como un dossier de cuatro páginas que contiene una extensa bibliografía ordenada cronológicamente, desde los retóricos alejandrinos hasta los autores franceses de finales del siglo XIX. El profesor discurre oralmente y somete al análisis los textos aplicando las categorías y procedimientos de análisis expuestos; los estudiantes inscritos y algunos allegados, comentan y enriquecen la discusión, aplicando la teoría en los textos elegidos *ex profeso.*

 La sensibilidad del maestro es palpable en la atención que le merecen las tesis de los estudiantes a quienes asesora. El Seminario "se realizaba en el número 44 de la calle de Rennes", recuerda Calvet. "cada sesión se desarrolla según el mismo modelo: un orador, miembro del seminario o procedente del exterior, expone sus investigaciones o aporta una información. Así fue que en aquel año (1964) Julia Kristeva habló de Bajtin, Gerard Genette, habló de la "desviación", Christian Metz de la semiología del cinematógrafo, Phillipe Sollers de Mallarmé. (...) Ante estos nuevos instrumentos que se aplicaban al jardín de las bellas letras, Barthes estaba impresionado como una regadera ante una excavadora. Pero él sabía adaptar a su propio estilo la mayor parte de los instrumentos semiológicos que le revelaban los demás. Y al traducirlos, al flexibilizarlos, logró imponer a toda una cultura de gran tradición literaria, orgullosamente conservadora, los descubrimientos oscuros y bien penetrantes a veces de los lingüistas y de los etnólogos". (Kristeva, *Textuel* no. 15, 1985. Cit. por Calvet, 169).

 Estos recuerdos explican la unidad formal de los volúmenes publicados en la Revista *Comunicaciones*. Así, en aquel inolvidable *Análisis estructural del relato*, vemos a un Todorov que glosa el nivel semio-narrativo de *Las relaciones peligrosas* en términos bastante similares a los del articulo precedente, elaborado por su maestro y director de tesis; pero también, la discusión en el seminario de temas que le interesan a él de manera particular, como las tesis del formalismo o los aciertos estéticos del futurismo ruso. La organización de sus dossiers bibliográficos publicados por la revista *Poétique* acerca del estilo (2, abril de 1970), la obra de Jakobson (7, septiembre de 1971) o la poética en la URSS (9, febrero de 1972) siguen el mismo esquema organizativo del seminario barthesiano. Un par de datos acredita este intenso debate y la subsecuente colaboración en equipo: tanto Barthes como Todorov publican textos con título similar: “Literatura y significación” (el de Barthes, en *Tel Quel*, 16, invierno de 1964; el de Todorov, 1965); otro tanto sucede con Claude Brémond, quien se ocupa también de la “gramática” del *Decameron*, a propósito del libro de Todorov (en *Poétique* 6, 1971).

1. **Literatura y significación, la tesis**

*Literatura y significación* (editado por Larousse en 1967; traducción al español por Editorial Planeta, 1974; en adelante, LS), compendia la tesis de doctorado del tercer ciclo, asesorada por Roland Barthes y defendida en 1965 a la que se añade una serie de artículos escritos entre 1966 y 1969 que fueron publicados en *Comunicaciones* y *Poétique*; toma como objeto de estudio la célebre novela a cartas de Laclos; glosa y presenta de manera sistemática las categorías y el modo de describir los textos literarios desde la lingüística y la antropología. Aparecen ya explícitamente en él los dos grandes problemas teóricos que le ocuparán entre 1965 y 1970, a saber: la organización de la estructura narrativa y la manera como se estratifican los contenidos en una obra literaria*. Las amistades peligrosas* es una novela doblemente singular, puesto que está construida a través de cartas; en su análisis, el teórico parte de la idea de que la estructura es una propiedad común a todos los textos literarios, de manera que hay una necesaria complementariedad entre teoría y lectura, entendida la segunda como reconocimiento del conjunto de propiedades que el sistema literario imprime a un texto en particular. El análisis es entonces un ir y venir entre lo concreto del texto y lo abstracto del sistema literario.

“Mi primera intención al elegir *Las amistades peligrosas* como objeto de estudio, era hacer su “análisis estructural”… Sin formarme una imagen precisa del resultado al que había de llegar, me apoyaba en un conocimiento del “método estructural”, adquirido durante una investigación propiamente lingüística y mediante lecturas de lingüística y antropología. Una vez en marcha ese trabajo, he llegado finalmente a un resultado; pero cuál no ha sido mi sorpresa al descubrir (y he tardado en hacerlo) que el objeto de mi estudio no era ya Las amistades peligrosas. De hecho había abordado dos problemas generales: la organización de la narración y la estratificación de los sentidos de una obra literaria, tomando como ejemplo único y constante esta novela, *Las amistades peligrosas*. De hecho, mi objeto lo constituían ciertas propiedades abstractas de la literatura; el libro particular no era más que una de las manifestaciones posibles de esas propiedades” (LS, 9-10).

Ya desde estas primeras líneas quedan delineado el enfoque *inmanentista* que habrá de utilizar, así como la hipótesis de la actividad de “lectura”, entendida como aprehensión del conjunto de propiedades que el sistema literario imprime al texto en particular. La inversión del procedimiento resulta significativa: la teoría no precede al objeto; entre ambos hay una relación de necesaria complementariedad. La lectura no persigue interpretar ni identificar diferencias ni relaciones entre diferentes textos; más bien evidencia sus propiedades estructurales: descubre simetrías, redescubre un nuevo orden, interviene el texto para “demostrar el funcionamiento de los rasgos generales de la literatura en el interior de cada obra particular” (LS, 11). En tanto procesos de reorganización del sentido, la lingüística y por otro lado la semántica, de alguna manera establecen los principios que son sistemáticos y generales, proveen las categorías y describen la estructura abstracta de los textos. Cada una de estas disciplinas organiza y articula el sentido a partir de sendas dimensiones: la primera, desde la enunciación; la segunda, desde la organización del sentido; ambas reconstituyen el sistema de un texto individual. Todorov no quiere aislar la novela de todos los demás textos, o buscar su originalidad. Irreductible, la unidad del texto es funcional, no etimológica: debemos negarnos a toda fuerza por reemplazar el texto presente por otro que pretenda ser más auténtico, cualquiera que sea el sistema de traducción utilizado. La poética debe rebasar todas esas actitudes que toman otras metodologías, como por ejemplo, el psicoanálisis o el marxismo, en el sentido de que pretenden reducir el texto a alguna otra invariante (la lectura ideológica de la lucha de clases o la explicación psicogénica). El texto tiene un valor por sí mismo y, por ende, la literatura no existe más allá de su dimensión puramente verbal y de su intención estilística que sería crear arte a través de la palabra.

1. **Los formalistas rusos invaden Paris**

Tres son los méritos centrales de estos primeros dos periodos: en primer lugar, la tarea de difusión de las tesis del Formalismo ruso; en segundo lugar, su labor como co-director (con Gerard Genette) de *Poetique, revue de theorie et d’analyse litteraires* (entre 1970 y 1979), trinchera intelectual desde donde rinde homenaje a los futuristas rusos (*Poetique* 1, 1970) y Román Jakobson (*Poetique* 7, 1971) y relee a Bajtín y Mukarovsky y finalmente, en tercer término, la construcción de una poética estructural.

En este periodo de efervescencia del método estructural, Todorov aporta a la naciente escuela francesa su conocimiento de las tesis de la OPOIAZ, que ha leído en sus originales versiones rusas; sus primeros años en París constituyen el periodo de búsqueda de una metodología que, desde la lingüística permita construir modelos que guíen la lectura del texto que, en este periodo, concentra su atención: *Las relaciones peligrosas*, de Choderlos de Laclos, y que constituye el motivo de su tesis doctoral. Es obvio que el modelo teórico que aplica a esta novela a cartas está basado en las discusiones del grupo, y que la división tripartita entre gramática, sintaxis narrativa y semántica textual incorpora los aportes de Barthes y Bremond (componente diegético) y de Greimas (nivel inmanente). Pero si en algún punto es posible advertir al teórico que ha recibido las lecciones del formalismo, está en el énfasis interpuesto en el acto enunciativo. Cuando reclama atención acerca de su singularidad y coloca la atención en las cartas como procedimiento constructivo de la novela, está siguiendo de cerca la mirada que Sklovsky había puesto en “El capote” de Gogol. En *Crítica de la crítica* (en adelante, CC) nos cuenta que:

“Mi actitud frente a los Formalistas rusos (utilizo la mayúscula cuando hablo de este grupo particular) ha cambiado en diversas oportunidades, lo cual, después de todo, no es nada sorprendente pues se convirtieron en íntimos para mí hace más de veinte años. La primera impresión consistía en este descubrimiento: se podía hablar de la literatura de forma alegre, irreverente, inventiva; al mismo tiempo, sus textos trataban de aquello de lo que nadie parecía preocuparse y que, sin embargo, yo había creído siempre esencial, de aquello que se designaba, con una expresión algo condescendiente, la “técnica literaria”. Fue esta admiración lo que me llevó a buscar texto tras texto (no siempre era tan fácil) y, luego, a traducirlos al francés. En un segundo momento creí percibir en sus escritos la presencia de un proyecto “teórico”, el de construcción de una poética que, sin embargo, no era forzosamente coherente (y con razón: se trataba de varios autores que habían escrito durante un lapso de quince años) ni se había realizado a fondo; era, pues, un trabajo de sistematización y radicalización el que se imponía” (CC, 19).

Ese interés se produce a la par del entusiasmo que Levi Strauss primero, y luego Greimas, muestran hacia Vladimir Propp. De 1958 data la edición inglesa de la *Morfología del cuento*, traducida por la esposa de Jakobson, y a Francia habría llegado a través de la lectura entusiasta que del etnólogo ruso hace Claude Levi Strauss (“La estructura y la forma. Reflexiones acerca de una obra de Vladimir Propp”, 1960, incluido en *Antropología estructural*, 1973). En París, el etnólogo ruso contaba como ministro plenipotenciario al lituano Algirdas Julien Greimas. Todorov, inscrito también en este seminario, alterna y complementa la indagación sobre la forma del contenido con sus preocupaciones lingüísticas. En torno al grupo de Barthes y el mito de la “Escuela de crítica francesa”, o del “estructuralismo francés”, Todorov encuentra amigos, viaja en octubre de 1966 a los Estados Unidos como integrante de una corriente crítica (al Coloquio de la John Hopkins University) (La controversia estructuralista. Los lenguajes del criticismo y las ciencias del hombre, JHU, Baltimore, 1970-1972) (Dosse, 368), interviene en las publicaciones colectivas como redactor o como editor. La inserción de Todorov en el seminario de Barthes habría de fructificar y su producción teórica, vertida en varios idiomas, se difundirá ampliamente en la década de los setenta.

 ¿Como concluye este periodo? Louis Jean Calvet y Francois Dosse aseguran que la debacle del Seminario barthesiano tiene lugar en junio de 1977, tras la publicación de los *Fragmentos de un discurso amoroso*, y que la desbandada se produce a propósito del coloquio que en homenaje del maestro organiza Antoine Compagnon en el Centro Cultural internacional del castillo de Cerisy-la-Salle, irónicamente el lugar donde, desde 1959, la “Estructura” se había hecho omnipresente en las ciencias humanas (Calvet, 203).

 El grupo barthesiano poseía una notoriedad inusitada; la fama de su guía intelectual había alcanzado el extremo del orbe y había llegado incluso a Japón, país a donde viaja en 1970, y del cual se inspira para su libro *El imperio de los signos*. Michel Foucault solicita su recepción como miembro del Colegio de Francia, distinción máxima en el mundo académico galo, y ésta es recibida con beneplácito. El encumbramiento personal, y la escritura que de ello resulta, no serían sino presagio del fin. Dos libros pueden marcar ese brusco viraje: *Roland Barthes por Roland Barthes* (1975) y *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977). El segundo, es resultado del curso dedicado a la literatura romántica, y toma al propio tiempo el carácter de un modelo de armar, flexible, integrado por “figuras” o fragmentos cuya concatenación libre, casi arbitraria, genera la estructura de una narración de carácter lírico. Paralelamente, el maestro añade fragmentos de naturaleza muy personal, de manera que sobre el telón de fondo de las grandes novelas del romanticismo europeo, se inscriben reflexiones y vivencias propias. El texto es, al mismo tiempo, un discurso reflexivo, ordenado a manera de un diccionario, pero también él mismo una novela de amor contemporánea. Las repercusiones del texto podrían medirse en términos de mercadotecnia, por las sucesivas reediciones que conoce, y la cantidad de ejemplares vendidos (180 000, sólo en francés). El éxito alcanzado rebasa el medio parisino. La apoteosis barthesiana, no obstante, contiene en sí misma el germen de su destrucción: el grupo se escinde entre quienes han militado en el grupo como socios de una compañía y aquellos que, en adelante, habrán de sentirse feudatarios del gran señor.

 La contraola habrá de presentarse en ocasión del citado Coloquio de Cerisy. Este centro cultural internacional único en su género, constituye un lugar de reflexión acerca de la cultura, la política y las artes a nivel internacional; fue fundado en 1952 por Anne Heurgon-Desjardins (1899-1977) en un castillo normando del siglo XVI que cuenta con una Biblioteca, archivo audiovisual y una editorial propia. A la fecha, se han llevado a cabo allí más de 500 encuentros académicos,

“pero la literatura ha constituido siempre, de Pontigny a Cerisy, la columna vertebral de los encuentros intelectuales organizados por el padre, la hija y las nietas de la familia Desjardins. El número y la calidad de sus participantes, hacen de esta actividad su forma mayor de expresión o el objeto privilegiado de su curiosidad; la literatura domina hasta los años 60’s el programa de las famosas décadas. Podemos ver a la vez el reflejo o el efecto de una particularidad francesa –la centralidad de lo literario, la lengua y la literatura como cimientos de la identidad nacional- y la idiosincrasia de una familia y de un lugar –más bien: de una serie de lugares- que hacen del hecho literario un enigma siempre renovelado, en la cruzada de numerosas disciplinas y especialidades” (Laurent Martin, 11).

Ediciones anteriores del Coloquio habían estado dedicados a temas tales como Génesis y estructura (1959), el *Nouveau Roman* (1971), o bien homenajes a las grandes personalidades de la cultura, como Artaud y Bataille (1972), Heiddegger (1955), Claude Simon (1974) o Alain Robbe Grillet (1975). La edición del año 1977 estuvo dedicada a Barthes, y en aquel prestigioso enclave se habían reunido entre el 22 y el 29 de junio, los alumnos sobresalientes, del país y del extranjero. El programa, desarrollado durante tres días, estuvo integrado por intervenciones centrales, con una temática específica, seguidas de la discusión a cargo de un panel seleccionado de manera estricta. Los temas base para la discusión fueron: “Decirlo todo” (Contardo Calligaris), ”La impostura” (Antoine Compagnon), “El límite entre la vida y la muerte” (Francois Flahault), “Elogio de la sonrisa” (Patrick Mauriés), “La decepción teatral” (Jean-Loup Riviére), “La fragmentación del sujeto” (Francois Wahl), “Pseudo-Barthes” (Jacques Allain Miller), “Por qué amo a Barthes” (Alain Robbe Grillet) y “La imagen” (Roland Barthes); la nómina de aproximadamente cincuenta comentaristas invitados es extensa: además de los ya citados disertadores, están allí la propia anfitriona, Anne Heurgon-Desjardins, Jean Pierre Richard, entre otros.

“En la reunión, Barthes se encuentra frente a las diversas imágenes que le envían de él, como otros tantos espejos deformantes, sus amigos, los estudiantes, sus discípulos… Muy pronto se manifiesta un abismo entre los discípulos parisienses, aquellos que siguen o han seguido el seminario y están al corriente de las últimas innovaciones, y aquellos llegados del extranjero que se sienten un poco desorientados por un lenguaje que no siempre comprenden y que los aísla: por un lado, una proximidad casi familiar, por el otro, remotos primos de América. Consciente de este divorcio, Barthes trata de mitigar sus efectos” (Calvet, 233).

Para calmar los ánimos, el homenajeado propone la desangelada metáfora de sí mismo como la de una patata frita:

"se puede interpretar esta metáfora como la disposición a tomar cierta distancia de sus alumnos más próximos que hacen de él su objeto, su propiedad. Robbe Grillet declara al autor como un novelista moderno que, lejos de presentar textos cerrados en sí mismos, brinda más bien a su lector un texto fragmentario. Alguien indica que los fragmentos constituyen su primera novela; Jacques Alain Miller declara, en tono de broma: “Usted es, a su manera, un timador”” (Calvet, 234).

Y en el ánimo de la audiencia, la declaración adquiere el tono de una ironía. Luego, al terminar el coloquio, Barthes vuelve a referirse a los extranjeros: “Es posible que ustedes hayan experimentado a veces esa sensación de separación, si no ya de exclusión, y acaso hasta de decepción, respecto del trabajo y del lenguaje empleado aquí. Eso, explica Barthes, significa que este coloquio era alusivo, que atestigua también un cambio producido en el discurso de la modernidad.” (Calvet, 233). Ha nacido, sin que lo sepan sus asistentes, la leyenda negra de “el otro”, “el segundo Barthes”.

 Es curioso, y hasta podría resultar significativo, que Tzvetan Todorov no aparezca en el programa, ni se consigne su asistencia, como sí es factible constatarla en coloquios precedentes (en el de 1971, dedicado a la Enseñanza de la literatura, no sólo es comentarista, al lado de Greimas, Genette, Louis Hay, Jacques Leenhardt, Sarah Koffman y Michel Riffaterre, entre otros, sino que también funge como co-editor de las Actas, al lado de Serge Doubrovsky). ¿Acaso participa de ese estado de decepción que en tono casi premonitorio, vaticina el biógrafo de Barthes?

“Si alrededor de Barthes hay una “tribu”, ésta está dividida en clanes, algunos de los cuales se ignoran totalmente, en tanto que otros se observan o sienten celos. Y Barthes, que ya se siente molesto (y desde hace mucho tiempo) por la influencia que ejerce, que tiene con frecuencia un sueño en el cual se ve como un obispo impostor, se queda un poco desconcertado por aquella gran misa en la que diferentes capillas lanzan sobre él miradas extremadamente diferentes” (Calvet, 234).

 El mismo Todorov nos proporciona claves para leer entre líneas una ruptura en el terreno metodológico. *Critica de la crítica*, su libro de 1984 posee un subtítulo: *Roman d'apprendissage*. La clave se resuelve al final del texto introductorio:

"Cada uno de los capítulos que siguen están construidos a partir del mismo modelo: procuro localizar primero lo que el autor estudiado le debe a la ideología romántica; y luego me dedico a los elementos de su pensamiento que, intencionadamente o no, ponen en duda ese marco y lo rebasan. El último capítulo tiene un carácter diferente a primera vista, ya que en el me asumo a mí mismo como objeto, tratando al mismo tiempo de recoger los resultados de los capítulos anteriores. Pero esta diferencia es sólo superficial; desde cierto punto de vista, esos otros capítulos narran también mi propia historia: he sido y soy ese “romántico” que trata de pensar la superación del romanticismo mediante el análisis de autores con los cuales me he identificado de forma sucesiva. Así pues, en cada capítulo, el movimiento repetido se compagina con otro, que es gradual, y culmina al final, sin que esta culminación sea por ello una síntesis. Dicho de otro modo, lo que sigue no es más que una –inacabada- novela de aprendizaje. (CC, 17).

¿Quiere establecer este libro una analogía con los *Fragmentos* ... de Barthes? Se pretende también él mismo una transformación que vira hacia la literatura, hacia la autobiografía? Una revisión somera de la sección dedicada a Barthes indica que la semejanza entre ambos textos ya es puramente formal, y que la disensión con su maestro y director, es insalvable. Al hablar acerca del tono autobiográfico de los últimos libros de aquel ilustre pensador, acota: "Sea lo que fuere, si hubiera escrito novelas, Barthes no hubiera sido más que un novelista entre tantos (aunque sea uno de los mejores): ya no hay más invención formal. La originalidad de Barthes depende de un *casi*, reside por completo en la transición entre ambas (CC, 77). Y luego, la disensión es explícita: "No comparto la actitud de Barthes respecto a la verdad; la literatura, de por sí, tiene una relación con la verdad, y la crítica tiene más de una” (CC, 77). Al reflexionar acerca de este Barthes íntimo, afirma:

“Pero este egoísmo ya no tiene nada más que ver con aquel que manifestaba más o menos voluntariamente su crítica anterior: en vez de ofrecer en sus libros un puro discurso (el cual sigue siendo una exhortación), proponía ahora un ser, el suyo. Más que sugerir cómo es el hombre, dejaba con éxito ciertamente variable, a cada uno, la libertad de escoger su lugar en relación con el discurso ofrecido. El riesgo es mucho mayor (y, correlativamente, la recompensa) cuando se dice “Soy así”, que cuando se afirma “Los otros piensan dentro de mí”. Por eso los otros –aquellos que existen materialmente, fuera de la conciencia de Barthes- quizás salen ganando más que cuando estaban obligados a aceptar una complicidad que se les imponía. (…) Un ser no es el Otro, ni los otros; es sólo él mismo” (CC, 79).

1. **La ruptura barthesiana**

En el curso del año 1975, Barthes había planteado el dilema entre ser terrorista o egoísta; Todorov parece escoger el primer camino. No podría ser de otra manera, en el marco de una formación moral como la suya, y de un cuadro de convicciones esencialmente alineadas con la izquierda progresista. La primera decepción nace quizás en aquel lejano mayo del 68, cuando Barthes se mantiene al margen de la protesta estudiantil, y da pie a una consigna contestataria en contra del grupo: “Las estructuras no salen a la calle” (Barthes tampoco) (Calvert, 180). Luego, con el transcurso de los años, la empatía con Gerard Genette comienza a rebasar el terreno meramente disciplinario, de interés por la relación entre la teoría literaria y la historia, y se convierte en una gran amistad; y si bien nuestro homenajeado no llega a militar abiertamente, como su amigo, en el grupo y la redacción de “Socialismo y barbarie”, grupo que critica abiertamente el centralismo del Partido comunista francés, su proclive actitud contra los totalitarismos, cualquiera sea su índole, le alejan de manera progresiva del grupo de Barthes, que en los últimos años era afín a la línea maoísta en la que militaba el grupo *Tel Quel*. *Crítica de la crítica* es, en tal sentido, una biografía teórica que inicia con la revaloración del formalismo y concluye con una propuesta teórica propia. Este “yo confieso” constituye, tal y como lo anuncia públicamente su propio subtítulo, el fin del periodo de aprendizaje en la escuela estructuralista. ¿Cuándo se produce este distanciamiento de la posición inmanentista? Aquí vuelvo al cauce de mis afirmaciones iniciales. Dejemos que sea el mismo Tzvetan quien nos proporcione una respuesta:

“Desde que obtuve la ciudadanía francesa, empecé a sentir con más agudeza el hecho de que jamás sería un francés como los demás, debido a que pertenezco simultáneamente a dos culturas. Doble pertenencia, interioridad-exterioridad, que puede ser vivida como una carencia o como un privilegio (me inclinaba y me inclino más bien a la visión optimista), pero que de todas maneras lo vuelve a uno sensible a los problemas de la otredad cultural y de la percepción del “otro”. Acababa de concebir un amplio proyecto acerca de eso, cuando descubrí, con motivo de otra serie de conferencias, en México esta vez, los textos de los primeros conquistadores sobre la conquista de América, este ejemplo resplandeciente de descubrimiento (y de ignorancia) del otro me ha acompañado durante tres años.” (CC, 173)

1. **Todorov conquistado por América**

6.1 *Cien años de soledad* bajo la mirada de Todorov.

"…Para mi es evidente que no hay una ruptura necesaria entre un trabajo de poética o semiótica literaria de análisis estilístico y un trabajo de análisis ideológico"; la aseveración de Todorov, insólita para el año de 1978, hubiese sido declarada una herejía en los años precedentes. Ha sucedido algo relevante en su planteamiento, y tiene que ver no solamente con la disgregación del seminario barthesiano, sino también con acontecimientos que transcurren en los corredores de la Sorbona. A la par del encumbramiento de Barthes, nuevas figuras han crecido a la par, o sucesivamente. El primero de ellos es Lucien Goldmann; su Estructuralismo genético ha introducido nuevas maneras de entender la sistematicidad de la literatura (del arte, en general), insertando el factor histórico en el análisis literario. Las estructuras, aprehendidas de manera sincrónica, poseen no obstante una génesis, es decir una historia, por ende es necesario mirarlas también desde la dimensión diacrónica. Esta necesidad se hace extensiva a diversas disciplinas. La actitud extrema de esta fase radica en contraponer estructuralismo y marxismo; a pesar de diversos esfuerzos por hacer confluir ambos planteamientos teóricos, de entre los cuales destaca Lucien Sebag, compañero de Todorov en el seminario de Greimas, su temprano suicidio había hecho abortar un interesante proyecto por hacer confluir metodología e ideología. Tras las lecturas de Goldmann, Derrida y de Louis Altousser, tanto Genette como Todorov ven necesario incorporar la dimensión histórica en el análisis literario. Este planteamiento es evidente a primera vista en la conferencia en Xalapa (1978), que nuestro homenajeado dedicara a *Cien años de soledad* y que titula "Macondo en París", texto que no fue publicado en revista francesa alguna, excepto la versión española, traducida por Renato Prada, y que comentaremos enseguida.

 Como en *Literatura y significación*, parte de considerar los objetos literarios como envueltos en una paradoja inicial: ser singulares (uno) y al propio tiempo, compartir propiedades (todo), principios contrarios y excluyentes que obligan al analista a colocarse en una u otra posición teórica. Pero mirados como *continuum*, los géneros poseen en su interior una tensión, resultado de su proceso, pero también de la historia social. En el caso de la novela, esta oposición, ligada al desarrollo del género, radica en el contraste entre las diégesis de afirmación de la conciencia individual (la autobiografía) y aquellas donde los personajes son colectivos (la épica); *Cien años de soledad* resulta del conflicto entre ambos y por ende, participa de cada uno de ellos. La novela narra la vida de seis generaciones de una sola familia que transitan del Paraíso original al Apocalipsis.

 Todorov evoca a Bajtin a través de una tercia de elementos: la risa (el humor es omnipresente en la novela) el exceso (presencia de motivos asociados con el sexo, las comidas, las claves) y lo corporal (representado en el sexo, lo físico, lo alimentario, lo excremencial). Pero descubrir las huellas del pasado en la obra actual no es suficiente; y aquí, Bajtin requiere del auxilio de la semiología contemporánea: "el interés del libro viene precisamente de esta combinación, anteriormente imposible, a la cual no se hace justicia si se la reduce a sus elementos primeros. Es mejor atender directamente al libro mismo, sin prejuzgar su originalidad o su fidelidad a una cierta tradición, sin saber tampoco que lo que se ve en ella caracteriza ese texto, o su autor, o su país, o su tiempo" (TC 11, 37-38).

 A continuación, separa los sujetos del enunciado de aquellos, múltiples, de la enunciación, voces múltiples, fluctuantes, movibles, puesto que la historia se despliega a lo largo de cien años y seis generaciones. A final de cuentas, los acontecimientos narrados no son maravillosos puesto que el libro habla de seres como nosotros; ni fantásticos, puesto que no hay en los personajes esa extrañeza que permita calificarlos como sobrenaturales; los hechos de *Cien años*… son fabulosos, ya que la gente cree en ellos, por encima de su valor de verdad ("las cosas son lo que aparecen a los ojos de sus contemporáneos, de allí lo sobrenatural fabuloso" (39)).

 Pasa enseguida a estudiar la organización narrativa o estructura diegética y su inserción en la temporalidad. Desglosa la novela en veinte secciones, identificadas por su unidad no solamente temporal, sino también temática. La irrupción del factor lógico, cronológico y causal, propio de la crónica, asegura, terminan por insertarnos en un orden diferente, instaurado por un sujeto enunciador que cambia constantemente, en complicidad con su audiencia (el narratario). Aquí es evidente la influencia de Genette: la dislocación del tiempo hace que los acontecimientos se muevan del centro a la periferia: se comienza narrando un hecho llamativo e importante, para luego desviarlo mediante las *analepsis*, retrospecciones hacia otros acontecimientos que pasan a ocupar el papel de eje temático. Un ejemplo de ello sería la primera sección: el narrador pasa del pelotón de fusilamiento donde está emplazado Aureliano Buendía, a la escena del hielo, consiguiendo de esta manera transitar de lo histórico y real, a lo mítico y alegórico. El movimiento en el tiempo puede ser también prospectivo, cuando el narrador adelanta información necesaria para explicar el presente ("Más tarde habría de recordar...). En esencia...

"el principio de la crónica, contar las cosas en el orden que suceden, se halla continuamente subvertido (lo que no quiere decir "reemplazado") por el principio pragmático, que no es otro que la asociación de ideas del narrador, guiado por el interés de su auditorio (...) el retrato de una persona, complemento psicológico del relato de sus acciones, no aparece en un lugar dictado por el tiempo, ni por ningún otro gran principio, sino simplemente cuando es indispensable para la intelección de una acción particular" (41).(...) Construido sobre el principio de una crónica, *Cien años de soledad* concede en realidad a la simultaneidad un lugar más importante que a la sucesión..." (TC 11, 42).

Pasa luego a describir los personajes y sus relaciones temáticas, sin acudir a esas nomenclaturas a que tan afectos fuimos en aquellos años (actantes, actores, roles figurativos o temáticos), y enlaza ambos planos para explicar sin tantos rodeos las motivaciones últimas de la historia:

"Aureliano ama a Pilar (o Petra Cotes) del mismo modo que José Arcadio: el objeto es el mismo y cada uno de los sujetos hace como el otro, puesto que pertenecen a la misma familia. Se puede simplificar más el esquema y sus términos se acercaran mucho más: el sujeto y el objeto son entonces de la misma familia y estamos frente al incesto. Ahora bien, el incesto y su prohibición forman, de alguna manera, el cuadro fundamental de la familia Buendía, cuya historia va desde el matrimonio de José Arcadio Buendía y Úrsula, que son primos, a la unión fatal entre Aureliano Babilonia y Amaranta-Úrsula, sobrino y tía, unión que da origen al niño con cola de puerco, tan temido por los abuelos. (...) Nada distingue a los miembros de esta familia tan fuertemente como la tentación del incesto". (TC 11, 43).

Finalmente, la reflexión se vuelve hacia los temas generadores de la novela, el incesto y la soledad, que la reinsertan, cada uno por su lado, hacia los grandes géneros anunciados al inicio de la conferencia: el incesto hacia lo colectivo; la soledad, hacia el terreno de lo individual. También en ellos concurren las modalidades de enunciación y los puntos de vista, puesto que al sujeto de enunciación pluralizado (de la épica) se contrapone a los sujetos del enunciado, que están aislados (las autobiografías) ("su soledad es el reverso de su semejanza: son la repetición de uno y otro; por tanto, no hay entre ellos complementariedad posible y no forman en conjunto una entidad diferente de cada uno de sus miembros" (TC 11, 44)

 Las conclusiones constituyen el terreno más enriquecedor de la lectura que sobre García Márquez hace Todorov. De principio, en relación con el género, considera la novela como una epopeya moderna escrita en la época de la novela y corrupta por sus convenciones. Los héroes son ahora individuos que padecen soledad; el héroe épico, por ello, posee un destino trágico a pesar de las carcajadas que no dejan de resonar a lo largo de todo el texto, de allí que la epopeya muera al mismo tiempo que sus personajes. Y si en *Las relaciones peligrosas* se inscribe claramente el proceso de creación de la novela a través del subterfugio del editor que pone orden en la correspondencia, en *Cien años de soledad*, no sólo los escritos proféticos de Melquiades anuncian la saga maravillosa, sino también lo hace mediante dos frases apenas, aquellas que indican que “García Márquez va a París con las obras completas de Rabelais por todo equipaje”. Conflicto entre géneros, conflicto literario que lo es también en el terreno de la ideología, en nuestro tiempo, en nuestro mundo. Concluye:

"París en Macondo es la destrucción de la comunidad patriarcal, la guerra despiadada entre los solidarios y los solitarios, que termina con la trágica victoria de los segundos. Macondo en París, ello sería no el retorno ilusorio a la naturaleza, sino la otra manera de resolver el combate entre la aldea y la metrópoli; una manera, quizás, de superar el conflicto entre todos y uno, entre espíritu colectivista y espíritu individualista (no es a lo que aspiramos ahora, precisamente), para comenzar finalmente a vivir esa cifra, la más difícil de todas: la pluralidad" (45).

 Lectura sintomática, lectura alegórica, lectura que transparenta al lector en el texto; el Tzvetan Todorov que en 1978 ha tomado distancia de París, desde la aldea latinoamericana, se percata que el trabajo como colectividad ha concluido, pero que es necesario emprender una lucha en favor de ese plural, de ese “nosotros” que nos concierne y nos engloba…

6.2 Todorov y América

“Me cuesta mucho imaginar mi vida sin la lectura” (HD, 208), asegura el hijo de los Todorov, conocidos bibliotecarios de la Universidad de Sofía. “Los libros nos vuelven ciertamente más sabios. Podríamos afirmar, además, que nos vuelven más inteligentes y también más felices; admitámoslo por un instante (HD, 209). Luego, hace suyas las interrogantes de Daniéle Sallenave: “¿Cómo salir de sí si no es a través de la ficción, que me coloca en el lugar del otro, y me adentra en la comunidad de un dolor compartido?” (…) Empero, la función del lenguaje entero es la de sacarnos de nosotros mismos para ponernos en relación con los otros” (HD, 208-209). Es fácil advertir en un párrafo tan breve, las preocupaciones centrales en el pensamiento de este filósofo y esteta: su inclinación entusiasta hacia la literatura, la función comunicativa del arte verbal, el lugar privilegiado de la escritura como posibilidad de entender, a través de diversos sistemas simbólicos, el pensamiento y la experiencia del otro.

 Interrogado acerca de la literatura, y del modo en que nos ayuda a comprender la historia, declara: “Cuando se nos pregunta por qué leer literatura, sólo podemos responder: porque somos seres humanos. La literatura es una necesidad humana, proviene de la existencia misma. (…) La mejor ficción cuenta nuestras propias experiencias. Las palabras me permiten expresar mis sentimientos, pero no ven la pluralidad humana. La literatura es la forma en que percibimos que los seres humanos no viven cada quien en su propio mundo, sino en una pluralidad infinita. A pesar de tantos intereses que tengo, la literatura sigue siendo especial” y más adelante, “La importancia de la literatura no radica en el método o la teoría con la cual vamos a estudiarla, está en la misma literatura. Porque habla acerca de nosotros mismos, de la condición humana de nuestra sociedad. Nos permite entender mejor el mundo (…) La literatura nos ayuda en el enriquecimiento de nuestro mundo interior” (Bruno García: “Sólo la ficción nos salva”, s/n).

 Esta experiencia de comunicación inter-humana no solamente la generan los libros; la experiencia cotidiana, los viajes, la reflexión, constituyen otros tantos distanciamientos. Se ha insistido suficientemente en que la alteridad como problema metodológico proviene de la lectura de Mijaíl Bajtín, y que su influencia, llega a Todorov por vías de otra gran afinidad, no sólo intelectual, la gestada alrededor de Julia Kristeva. No obstante, la vida cotidiana también nos enseña de manera mucho más incisiva varias lecciones. El problema del otro, una problemática no sólo teórica sino también empírica, de orden moral que, entre otros asuntos, obliga a repensar el asunto de los juicios universales y las valoraciones para, en ese contexto, insertar el lugar del relativismo cultural, tan frecuente en nuestros días. Además, la evidente diferencia de y ante los otros implica reflexionar en torno a la propia identidad:

“Desde que obtuve la ciudadanía francesa, empecé a sentir con más agudeza el hecho de que jamás sería un francés como los demás, debido a que pertenezco simultáneamente a dos culturas. Doble pertenencia, interioridad-exterioridad, que puede ser vivida como una carencia o como un privilegio (me inclinaba y me inclino más bien a la visión optimista), pero que de todas maneras lo vuelve a uno sensible a los problemas de la otredad cultural y de la percepción del “otro”. Acababa de concebir un amplio proyecto acerca de eso, cuando descubrí, con motivo de otra serie de conferencias, en México esta vez, los textos de los primeros conquistadores sobre la conquista de América, este ejemplo resplandeciente de descubrimiento (y de ignorancia) del otro me ha acompañado durante tres años.” (CC, 173)

Esa reflexión surge del contraste, de la visible diferencia, pero también del proceso intelectual que inclina progresivamente al medio intelectual parisino hacia senderos mucho más radicalizados. Jacques Derrida, Lucien Goldmann, Michel Foucault, Louis Althusser, Emile Benveniste, Georges Duby… cada nombre evocado traza un nuevo itinerario para el pensamiento contemporáneo, y detrás de ellos, en la efervescencia discursiva, aparece impresa la necesidad de una relectura, una deconstrucción del pasado. En el centro de tal efervescencia, otra sofiota universal funge como protagonista. Francois Dosse recuerda que: “La elección de Bajtín por Julia Kristeva en este año de 1966 no es fortuita, sino que se corresponde con un deseo de abrir una brecha en la trayectoria estructuralista para introducir en ella una dinámica histórica, salir del cierre del texto, ampliar la inteligibilidad de los textos literarios. (Dosse, II, 69). Inmediatamente consciente de la limitación del estructuralismo respecto de la historia, Julia Kristeva pretende servirse de Bajtín para avanzar en el sentido de una “dinamización del estructuralismo”. El diálogo entre los textos que ella percibe como fundamental podría dar origen a la consideración del segundo gran rechazado del estructuralismo, el sujeto, y permitir, al estilo de Benveniste, reintroducir toda una temática de la intersubjetividad. (Dosse, II, 70-71).

 Todorov también lee a Bajtín, y recupera de él una nueva forma de crítica, a la que llama “dialógica”, entendida como la renuncia a considerar el texto simplemente como un objeto, dado que tras él se erige un sujeto, “alguien que habla, exactamente como lo hago yo al disertar acerca de él” (CC, 98) “Reconociendo el parentesco de nuestros discursos, viendo en su yuxtaposición, no la del metalenguaje-objeto, sino el ejemplo de una forma discursiva mucho más familiar: el diálogo. Ahora bien, si acepto que nuestros dos discursos están en relación dialógica, acepto también volver a hacerme la pregunta acerca de la verdad” (98).

Habría que recordar que desde *Literatura y significación*, nuestro joven teórico había partido de un modelo de la comunicación que estudia a la componente formal de la novela, la carta, como un tipo de texto que instaura sus propias convenciones, reglas y modos de lectura. Al emplazarse sobre la manera en que la carta habla acerca de sí misma, del acto de escritura como *deixis*, traspasa la lectura referencial del enunciado para ubicarse en las coordenadas que, a través del acto de escritura, inscriben al que habla en su habla, parafraseando un poco a Benveniste, es decir, en el aparato formal de la enunciación. La estructura formal del propio texto de Laclos, por ende, había conducido su mirada más allá de la diégesis, el terreno del cual se habían ocupado Barthes y Bremond. Todorov expone que si bien el éxito de la novela se sostiene sobre la construcción verosímil de la historia (de la mímesis), en buena medida depende también del modo como ésta se construye; con mayor precisión, “toda obra , toda novela relata, a través de una serie de acontecimientos, la historia de su propia creación, su propia historia” (LS, 6); “el significado de una obra es pronunciarse, hablarnos de su propia existencia” (LS, 7); de esa manera recupera la presencia del texto en el texto, manifiesto a través de una voz subrogada.

 No es de extrañar, entonces, que acometa ahora la tarea de leer los *Diarios de viaje* de Cristóbal Colón, las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, los *Naufragios* de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca o los *Memoriales* de Bartolomé de las Casas. Es evidente que el modelo de lectura de las cartas “literarias” le habían abierto la brecha hacia otro tipo de cartas, donde la presencia del sujeto, esta vez histórico, está marcada y, además, le ofrece dos ventajas: es una historia verdadera y, además, ejemplar, desde el momento en que si bien ha transcurrido en el pasado (el siglo XVI), constituye una lección para el presente: es una historia con moraleja:

“…el descubrimiento de América no sólo es esencial para nosotros hoy en día porque es un encuentro extremo, y ejemplar: al lado de ese valor paradigmático tiene otro más, de causalidad directa. Cierto es que la historia del globo está hecha de conquistas y de derrotas, de colonizaciones y de descubrimientos de los otros; pero, como trataré de mostrarlo, el descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad presente. (…) Todos somos descendientes directos de Colón, con él comienza nuestra genealogía…” (CA, 15).

Por tratarse de una historia que involucra al sujeto, el componente moral está a flor de piel, sobre las líneas del texto. Aquí podemos leer justamente la actitud de ese Todorov educado en las tesis del materialismo histórico, que tiene la convicción de que no hay divorcio posible entre vivir y decir. El camino hacia el ensayo moral estaba abierto entonces: en adelante, la huella del sujeto no habrá de borrarse, y hará ostensible la naturaleza y el origen de sus juicios de valor:

 “Cuando tomé conciencia de ello empecé a experimentar una creciente insatisfacción respecto de dichas ciencias humanas y sociales (de las cuales forma parte, a mi juicio, la historia), tal como, en general, se las practica hoy día. La ruptura entre *vivir* y *decir*, entre hechos y valores me parece, en el caso específico de ellas, nefasta. Es en eso, efectivamente, en donde yo sitúo la diferencia más interesante entre las ciencias humanas y las demás, las de la naturaleza (…) ¿Cómo ocuparse de lo humano sin tomar partido? Yo me adhiero plenamente a esta reflexión de Simone Weil: “La adquisición de conocimientos hace que nos acerquemos a la verdad, cuando se trata del conocimiento de lo que se ama, y en ningún otro caso” (*L’enracinement*, p. 319). Es así como, en vez de las ciencias humanas y sociales, he pasado a preferir el ensayo moral y político” (NyO, 12).

Una imagen persigue obsesivamente al autor, al punto en que la coloca como dedicatoria: “A la memoria de una mujer maya devorada por los perros”. La historia, contada por Diego de Landa en la *Relación de las cosas de Yucatán*, corresponde a una mujer de Bacalar quien, habiendo hecho promesa de fidelidad a su esposo, es hecha devorar por los canes hispanos al negarse a cohabitar con los recién llegados. La declaración enfática que le acompaña no es sino ilustración de una nueva actitud frente a los textos:

“Escribo este libro con el fin de que no caiga en el olvido este relato, ni otros miles más del mismo tenor. Creo en la necesidad de “buscar la verdad” y en la obligación de hacerla conocer; sé que la función de información existe, y que el efecto de la información puede ser poderoso. Lo que deseo no es que las mujeres mayas hagan devorar por los perros a los europeos con que se encuentran (suposición absurda, naturalmente), sino que se recuerde qué es lo que podría producirse si no se logra descubrir al otro. (CA, 256-257.

La historia que reconstruye apasionadamente, texto por texto, no es la tradicional versión maniquea (desde cualquiera de los ángulos involucrados); Todorov ve detrás de Cortés no solamente al aventurero rapaz o al aguerrido capitán, sino a un sujeto hábil, capacitado para hacer acopio de información, hacerse interpretar el lenguaje, para diseñar estrategias y entender y aprovechar en su favor el universo simbólico de los aztecas; en otras palabras, lee el presente para actuar a futuro. Sus interlocutores mexicas, por el contrario, juzgan la experiencia del presente desde la profecía, es decir, desde la voz del pasado. De esas dos maneras de leer e interpretar, es obvio que la victoria habrá de corresponder a quien, mediante la comprensión integral del acontecimiento, se haga dueño de la situación.

 El pasado inscrito en el presente; el enunciado descriptivo ligado de manera ineludible con el juicio de valor; el análisis de los acontecimientos seguido de la reflexión. La lección que América le brinda inicialmente a Todorov nos entrega ese paulatino proceso de aprehensión del otro: primero como objeto a quien se niega su inherente y elemental humanidad, luego un conjunto de fases intermedias, modeladas por la historia, por la cultura, hasta finalmente reconocerlo como igual, pero diferente. Una historia del pasado pero que repetimos diariamente: descubrimos, conquistamos, amamos, conocemos; interponemos juicios de valor cuando juzgamos si el otro es bueno o malo, inferior, semejante o superior (plano axiológico); luego, me acerco o me alejo, adopto sus valores o le impongo los míos, me someto a él, lo someto o actúo con indiferencia (plano praxeológico); finalmente, llego a conocerlo, a descubrir su identidad al mismo tiempo que identifico o reconozco la propia (plano epistémico). Al final, la moraleja termina siendo un conocimiento del pasado que es, al propio tiempo, lección para el presente:

“Vivir la diferencia en la igualdad: se dice más fácilmente de lo que se hace. Sin embargo, varios personajes de mi historia ejemplar, se acercan a esta meta, de diferentes maneras. En el plano axiológico, Las Casas logra, en la vejez, amar y estimar a los indios no en función de su propio ideal, sino del de ellos: es un amor no unificador, podríamos decir que “neutro”, para utilizar un término de Blanchot y de Barthes. En el plano de la acción, de la asimilación del otro o de la identificación con él, Cabeza de Vaca también alcanza un punto neutro, no porque fuera indiferente a las dos culturas, sino porque las había vivido ambas desde el interior (…) Su experiencia simboliza y anuncia la del exiliado moderno, el cual personifica a su vez una tendencia propia de nuestra sociedad: ese ser que ha perdido su patria sin adquirir otra, que vive en la doble exterioridad. El exiliado es el que mejor encarna hoy día, desviándolo de su sentido original, el ideal de Hugo de San Víctor, que éste formulaba de la manera siguiente en el siglo XII: “El hombre que encuentra que su patria es dulce no es más que un tierno principiante; aquel para quien cada suelo es como el suyo propio ya es fuerte, pero sólo es perfecto aquel para quien el mundo entero es como un país extranjero” (CA, 259).

Tres años más tarde, en *Crítica de la crítica*, recuerda nuevamente el episodio y extrae sus consecuencias más profundas:

“Ahora bien, al reflexionar acerca de estos temas, me he dado cuenta de que volvía a encontrar mi problema literario, expuesto aún en mayor escala, ya que se trataba de la oposición de lo universal y lo relativo en el orden ético. ¿Había que renunciar a todo juicio sobre sociedades diferentes de la nuestra, obedeciendo al espíritu de tolerancia que domina nuestras mentes aunque deje intactos nuestros comportamientos? ¿Y si, por el contrario, yo mantenía ciertos valores como universales, ¿podía dejar de aplastar al otro en un molde preestablecido (el mío)? (CC, 173)

El tema del carácter y la moral europea está naciendo en el seno de esta confrontación universal. Cortés y Moctezuma, las sociedades de las cuales ellos constituyen un emblema, propician la introspección: a final de cuentas ¿cuál sociedad está mejor preparada para dar ese salto cualitativo que permite comprender al otro? Aquella que es flexible y que posee una mayor capacidad de adaptación. De ello se desprende la segunda lección ejemplar: la ideología igualitaria propia del cristianismo, compaginada con su equivalente ideológico en las sociedades capitalistas, brindaron mejor oportunidad a los europeos y facilitaron la expansión colonialista. La manera como se ha construido esta “identidad” le llevará al rastreo histórico del humanismo europeo. Esa historia, no obstante, será otra historia…

1. **Todorov y la civilización europea**

Los dos últimos periodos de investigación están dedicados a la lectura de los problemas ideológicos y políticos del siglo XX, entre los cuales destacan los gobiernos totalitarios y sus prácticas represivas (*Frente al límite* (1991); *La signature humaine*, 2009; tr. *La experiencia totalitaria* (2010); *Los enemigos íntimos de la democracia* (2012). Entre los múltiples temas que ellos exploran, tales como la memoria histórica, el estatuto de la democracia, el populismo, los efectos del neoliberalismo en la sociedad contemporánea, el hilo conductor que hemos estado distendiendo se vuelve a manifestar, esta vez de manera desembozada, bajo el ropaje de la feroz xenofobia desatada en las últimas décadas en Europa. Aquí se manifiesta una aparente paradoja. Hemos visto en las primeras páginas que el motivo que lo lleva a París es la mitología civilizatoria. París como la meca de la cultura, del arte, el lugar donde han nacido los derechos humanos esenciales: la libertad, la igualdad la fraternidad. No obstante, la vida diaria le devuelve una y otra vez a la triste realidad de la discriminación. Ha obtenido la ciudadanía francesa, pero nunca olvidará – lo que es peor, nunca le permitirán olvidar - que es extranjero. Lo reconocerá una y otra vez, y algunas de sus páginas traslucen resquemor, amargura, decepción; con todo, en el país de las libertades hay quienes padecen de manera extrema este flagelo, como los inmigrantes de Asia menor o del África subsahariana.

 La discusión en torno a la igualdad y la tolerancia viene de tiempo atrás, pero se vuelve protagónico desde *Nosotros y los otros*, su segundo ensayo político centrado en la interacción, tema que subyace en la lista de conceptos que revisa en los grandes autores franceses, como universalidad y relativismo, raza y racismo, nación y nacionalismo, exotismo y moderación. La materia central del libro, explícita en el título, “es la relación existente entre “nosotros” (mi grupo cultural y social) y “los otros” (aquellos que no forman parte de él), es decir, la que se da entre la diversidad de los pueblos y la unidad humana” (13), lo cual indica que ese “nos” está siendo utilizado en sentido mayestático, pues líneas adelante, vuelve a reconocer su calidad de extranjero:

“¿Iba yo a leer a todos los pensadores de todas las épocas? Por grandes que fuesen mis ambiciones, ¡no podían llegar tan lejos! Mi primera restricción fue territorial: opté por ocuparme únicamente de Francia. Me pareció que había varias razones que justificaban esta decisión. Para empezar, el hecho de que, siendo de origen extranjero, hace ya ahora bastante tiempo que vivo en este país; conocerlo mejor me parecía un poco como un deber. Además, la reflexión francesa sobre la cuestión que me interesa es extensa y rica: de carácter central para la historia europea, ha absorbido los aportes de las demás tradiciones y, a su vez, ha influido en ellas” (NO, 13-14).

Para ello, revisa la reflexión acerca de la historia realizada por quince autores clásicos que van desde Montesquieu y Rousseau a Segalen y Levi-Strauss. En la conclusión, se pregunta: “¿cómo puede, cómo debe uno comportarse respecto de aquellos que no pertenecen a la misma comunidad que nosotros? La primera lección aprendida consiste en la renuncia a fundar nuestros razonamientos sobre una distinción como esa. Y sin embargo, los seres humanos lo han hecho desde siempre, cambiando solamente el objeto de su elogio.” (NO, 431) (…) lo único que se puede decir a este respecto es que la apertura hacia los otros, la negativa a rechazarlos sin un examen previo es, en todo ser humano, una cualidad” (NO, 432). Y la propuesta, emanada de la lectura de Montesquieu, le llevaba a propugnar por un concepto de nación entendido como cultura; como esa aspiración a la universalidad que pasa, no obstante, a través de lo particular, de lo relativo a una época, a un lugar, a un contexto, pero que está sustentado en el espíritu de tolerancia. Esta idea es subrayada, muchos años más tarde, en *El miedo a los bárbaros*, donde afirma que “No podemos avanzar por la vía de la civilización sin haber admitido previamente la pluralidad de culturas” (56). No obstante, esta noble aspiración ha debido confrontar múltiples obstáculos generados luego de concluir la segunda guerra mundial: los distanciamientos políticos, la escisión en bloques ideológicos, la disparidad en el desarrollo y posesión de la tecnología, entre otros. La conflictiva situación parecía haber sido superada con la caída del muro de Berlín y con esperanza se esperaba el advenimiento de, al fin, una sociedad más justa, cuyos valores estarían sustentados en la declaración de los derechos del hombre. El ensueño dura muy poco. Las constantes crisis del sistema económico social, la disparidad del crecimiento económico y tecnológico, la (ir) racionalidad de un sistema globalizado que crece de manera dispar, divide al mundo no ya en dos bloques, sino en tres. Siguiendo la propuesta de Dominique Moisi, Todorov describe la nueva alineación tripartita de bloques de países del siguiente modo:

1. Países del apetito: Sus habitantes suelen tener la sensación de que, por razones diversas, se les ha mantenido al margen de la repartición de las riquezas. Quieren beneficiarse de la globalización, del consumo, del ocio; sus mejores ejemplos serían Japón, China, India, Brasil, México, Sudáfrica. Rusia.

2. Países del resentimiento: aquellos que manifiestan odio a los países ricos como resultado de una humillación, real o imaginaria. Se trata de aquellos países con población musulmana, de Marruecos a Pakistán e Indonesia.

3. Países del miedo: países de Occidente que temen el desarrollo económico, la capacidad de producir a menor coste y de acaparar el mercado de los países del apetito. De los resentidos temen atentados, ataques, y las represalias petroleras. (MB15-16)

Las nuevas guerras (Irak, Afganistán, modernamente Siria), fincadas en lo que él llama “mesianismos seculares”, han alimentado no sólo el rencor, sino el desplazamiento de grandes cantidades de población hacia los países industrializados. Nadie ignora la creciente necesidad de mano de obra no calificada en estas naciones, lo que hace conveniente el flujo migratorio. No obstante esta situación, en el seno de las mismas emergen grupos más o menos extensos, que no sólo se oponen al desplazamiento poblacional, sino que asumen actitudes de hostilidad y, en no pocos casos, de violencia. Bajo el embozo de una campaña contra el terrorismo, las mismas acciones del Estado comportan medidas altamente denigratorias contra “los nuevos bárbaros”. Irónicamente, “el miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros. Y el mal que haremos será mayor que el que temíamos al principio. La historia nos lo enseña: el remedio puede ser peor que la enfermedad” (MB, 18). Porque, a final de cuentas, bárbaro es aquel que no reconoce como humano al otro, sin importar su condición social, su origen, su extracción racial. Y “es civilizado, en todo momento y en todo lugar, el que sabe reconocer plenamente la humanidad de los otros. Y para llegar a serlo deben franquearse dos etapas: en la primera descubrimos que los modos de vida de los otros son diferentes de los nuestros; en la segunda, aceptamos que sean portadores de la misma humanidad que nosotros” (MB, 39-40).

 El libro culmina con el reconocimiento del mundo contemporáneo como una sociedad pluricultural. Migraciones, viajes, negocios internacionales, intercambio global de información, predisponen las interrelaciones necesarias entre naciones y culturas; hay que asegurarse que la riqueza humana no se diluya ni se masifique; por el contrario, en el respeto a las diferencias, en la defensa de las minorías, regidos todos por leyes comunes… “el mutuo reconocimiento es un paso hacia la civilización” (MB, 284)

 Para nosotros, este “nosotros” ahora en sentido restrictivo, como mexicanos y como habitantes de las zonas escasamente desarrolladas de la América meridional, el planteamiento de Tzvetan Todorov nos resulta altamente sensible. También la inestabilidad económica, la crisis en la seguridad, el estado de guerra no declarado, empuja a millones de migrantes desde Centroamérica y de los campos de mi país, hacia los Estados Unidos. Muchos, han fracasado en el intento, y cientos, miles de cruces, constituyen una frontera de muerte que separa nuestra hambre del sueño del “*american dream*”. Nosotros, los bárbaros del Nuevo Mundo, expuestos a la denigración pública, acusados como criminales, bandidos y violadores, padecemos la amenaza de un nuevo muro que habremos de construir a costa de nuestra propia miseria, para ser aislados del “mundo libre”. Por ello, unimos nuestra voz a esa otra que clama en mitad del desierto diciendo:

“Para escapar de actos bárbaros de espantosa magnitud nuestra mejor baza consiste en liberarnos del miedo, en el caso de los unos, y del resentimiento, en el de los otros, e intentar vivir en este mundo plural en el que la afirmación de uno mismo no pasa por destruir o someter al otro. La elección que se impone no plantea dudas. Ha llegado el momento de que todos asumamos nuestras responsabilidades, porque tenemos que proteger nuestro frágil planeta y a sus tan imperfectos habitantes, los seres humanos” (MB, 285).

**Efrén Ortiz Domínguez**

*Universidad Veracruzana, México*

Bibliografía secundaria

Calvet, Louis-Jean: Roland Barthes, 1915-1980; Barcelona, Gedisa, 1990.

Ceamanos, Roberto (2002): "Lingüística e historia social. los comienzos de una aventura interdisciplinar en la historiografía francesa" en: BROCAR (26), https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/837811.pdf

Cremades, Jacinta: "Tzvetan Todorov: "Las cualidades Morales pueden convertirse en un arma política""en www.elcultural.com/revista/letras/Tzvetan-Todorov-Las-cualidades...en.../37594

Donato, Elens: "Solo se logra escribir sobre lo que se ama" en Ex-libris 1 (dossier); revistas.filo.uba.ar/index.php/exlibris/article/download/406/275

Dosse, François: *Historia del estructuralismo. El canto del cisne* (2 vols);

Duvrovsky, Serge et Tzvetan Todorov (1971) l'enseignement de la litterature; París: Librairie Plon.

García, Bruno (): "Todorov: "Solo la ficción nos salva"" (entrevista);

Guzmán Moncada, Carlos Alberto (1998): "Tzvetan Todorv: poetica, simbolismo literario e interpretación; México, Cuadernos E.S.C., http://www.cialc.unam.mx/ensayo/pdf/Tzvtn\_Todrv.pdf

Martín, Laurent: les colloques litteraires a Cerissy, 1968-1986. Entre nostalgie et avant-gardes; https://www.cairn.info/revue-histoire-politique-2013-2-page-11.h...

Moradiellos, Enrique: "Tzvetan Todorov: una entrevista y una reflexión" en: Historia presente, www.historiadelpresente.es/sites/default/files/revista/articulos/2/2.8.pdf

Portevin, Catherine: Tzvetan Todorov, *Devoirs et delices. Une vie de passeur*. París, Seuil, 2002.

Sarabia, Gregorio (2015): "La memoria en Tzvetan Todorov: una cuestión personal, teórica y política; en: Actas del I Congreso internacional de la Red española de Filosofía (vol VI), En: redfilosofia.es/wp-content/uploads/sites/4/2015/06/12.saravia.gregorio@gmail.pdf

Zbinden, Karine (2006): "El yo, el otro y el tercero: el legado de Bajtin en Todorov" en Acta poetica (27:1), México, UNAM.